
Demasiadas preguntas sin respuesta

Julio María Sanguinetti

«**L**a perspectiva organiza la realidad», escribió alguna vez Ortega y Gasset, y esa metodología viene muy a cuento de nuestra contemporaneidad latinoamericana: si nos quedamos en lo que estamos observando, nos encontramos con un vigoroso crecimiento económico y un razonable progreso democrático; si tomamos distancia y asumimos un punto de vista más lejano, que supere la superficial cotidianeidad, veremos muchas otras señales, no todas prometedoras. Más que nunca es éste un obligado ejercicio de reflexión. Los números nos endulzan como nunca antes y así como era usual controvertirlos, con error, invocando su «frialdad», tampoco es bueno adorarlos ahora como si la verdad se agotara en ellos. Más allá de las bondadosas cifras, está la tendencia, y ello nos dice que si estamos bien en la coyuntura, vamos mal en muchos rumbos sustantivos.

La globalización que llega

La clásica lamentación de que los buenos momentos del mundo no arribaban a las fronteras latinoamericanas, en este tiempo histórico se ha desmentido. La globalización que hoy exhibe el mundo ha producido ya particularísimas consecuencias en nuestro hemisferio, marcando un verdadero hito.

La primera observación es que, terminada la guerra fría, América Latina vive mucho más dueña de su destino, como pocas veces lo fue en el pasado. Ya no hay guerrillas alentadas o financiadas desde Europa del Este o Cuba, ya no hay golpes de Estado estimulados o tolerados desde el Pentágono bajo el emblema de combatirlos. Éste es un hecho relevante, porque los análisis habituales suelen ignorar lo sangrienta que fue esa confrontación en nuestro hemisferio, las vidas que costó, los sufrimientos que nos trajo. Es un hecho internacional que se proyecta hacia la generalidad de las realidades nacionales.

La segunda es la inversión de los términos de intercambio en el comercio exterior, tradicionalmente negativos. Desde su magisterio en la CEPAL Raúl Prebisch vivió alertando, durante años, sobre este factor que condenaba la región al subdesarrollo: cada vez valían más los productos importados y menos los de exportación. La reversión que vivimos es realmente espectacular. En 2006 los minerales han mejorado un 36 por 100 y en 2001 un 21 por 100; hasta la plata, que era la cenicienta de las últimas décadas, el año pasado se revalorizó más de un 60 por 100. Según la CEPAL hay un 25 por 100 de mejoría en los términos de intercambio en los últimos tres años y un 34 por 100 sobre los años 90.

La consecuencia natural de este hecho es un comercio exterior extraordinariamente favorable, no sólo por su expansión, sino porque ya van cinco años consecutivos de saldo positivo, lo que no se vivía desde tiempos inmemoriales. Esa balanza comercial se pro-

yecta a su vez sobre una balanza de pagos en números positivos, porque al comercio ha de añadirse la creciente acumulación de las remesas que los emigrados latinoamericanos retornan a sus familias de origen y que en varios países son, incluso, el primero, o segundo, ingreso exterior. En América Central las remesas alcanzan al 10 por 100 del PBI; en México, con su tamaño, llegan a un 2,7 por 100. El sector externo se mueve, arrastra y llega, inevitablemente, hasta el mercado interno.

El crecimiento

En los años 80, cuando retornaba la democracia, la América Latina no lograba vigorizar sus economías. En tiempos en que el mundo crecía a una tasa anual del 3,4 por 100, nuestra región apenas alcanzaba un 1,2 por 100. Si miramos en una perspectiva más amplia, entre 1980 y 2002, se mejora en algo, un 2,2 por 100 anual, pero con un mundo que crece por encima del 3 por 100.

Los últimos tres años, en cambio, modifican radicalmente el panorama. 5,3 por 100 de crecimiento en 2006, 4,5 por 100 en 2005 y 5,9 por 100 en 2004 son tasas sorprendentes, que superan ampliamente unos guarismos mundiales que no pasan del 3,5 por 100 anual.

En este panorama tan alentador, no puede ignorarse que las dos economías mayores, México y Brasil, han sido las de menor crecimiento, en coincidencia con políticas menos aperturistas.

La expansión está determinada por el sector externo, pero justo es reconocer que algunas lecciones aprendidas han ayudado a beneficiarse de él:

1) El equilibrio fiscal es aceptado con generalidad como un factor positivo de desarrollo. Luego de años en que el déficit fue la

norma y que hasta el discurso lo alentaba, impugnando al llamado Consenso de Washington y los reclamos al respecto del Fondo Monetario Internacional, el viraje ha sido trascendente. No se cree que con déficit se progrese y está claro que una economía macroeconómicamente equilibrada es la condición necesaria de las reclamadas inversiones.

2) Coincidente con lo anterior, la inflación ha bajado y ya nadie se atreve a sostener que ella es un ahorro forzoso administrable por el Estado a su placer. Todavía hay quienes piensan que alguna inflación da flexibilidad a los gobiernos, pero luego de haber vivido el deterioro salarial de los años hiper-inflacionarios, se asume que ello siempre debe funcionar en un terreno muy acotado. En 2002 la inflación promedio era de un 12 por 100; en 2006 bajó al 4,8 por 100. En los últimos tiempos se registran presiones alcistas en algunos países como Argentina, pero aún no podemos hablar de retornos a los tiempos del desborde.

3) En los años 80, «no pagar la deuda externa con el hambre del pueblo» fue un eslogan que recorrió el continente de Norte a Sur y de Este a Oeste. Era prácticamente la escarapela distintiva entre una política «progresista» y otra «neoliberal». Paradójicamente, con el ascenso al poder de algunos gobiernos de izquierda o populistas resulta que se ha estimado «liberador» pagarle cuanto antes al Fondo Monetario, sin discutir ni capital ni intereses. Así, de haber superado el 70 por 100 del PBI latinoamericano en los años 50, la deuda externa hoy ronda sólo el 40 por 100. Por lo mismo, el tema ha salido de la agenda y ya poco o nada se escucha hablar de él.

Indudablemente son cambios muy sustantivos en el modo de manejar las economías y, si bien siguen pesando remanentes ideológicos que luego veremos, ya se ha configurado un patrimonio colectivo de creencias que supera algunas arcaicas retóricas desarrollistas.

La vieja deuda social

La expansión económica está ayudando, como es natural, al combate de la endémica pobreza del hemisferio, esa pobreza que con simplismo suele atribuirse a las políticas aperturistas de los años 90 cuando son el resultado de largas y profundas corrientes históricas. El crecimiento actual ha permitido alcanzar el mejor cuatrienio del último cuarto de siglo en términos de indicadores sociales.

En 1997 la pobreza afectaba al 43,5 por 100 de la población, en 2002 seguía igual y en 2005 ha descendido al 39,8, siempre según cifras de la CEPAL. O sea que por vez primera se advierte un descenso real y apreciable. Que se repite en el concepto de la indigencia, que rondaba el 19 por 100 hace solamente 5 años y en 2005 se ubicó en el 15,4 por 100.

En cualquier caso, estos guarismos siguen siendo altos, pero demuestran que, así como el crecimiento no es suficiente para abatir la pobreza (y no opera matemáticamente), es una condición necesaria para lograrlo. Imaginar una mejoría en el empleo sin un crecimiento sostenido es creer que un motor podrá funcionar sin energía.

De este modo, el hemisferio se aproxima a los llamados Objetivos del Milenio de Naciones, que se propusieron reducir a la mitad, para el 2015, los indicadores más expresivos de la pobreza. En cualquier caso, resta mucho por hacer en la distribución del ingreso, profundamente desigual. El 40 por 100 más pobre de la sociedad apenas absorbe el 14 por 100 del ingreso total, ubicándose Brasil por debajo de ese promedio, con un 11,9 por 100 y descendiendo en Bolivia a un exiguo 9,5 por 100.

En esta dimensión del fenómeno se generaliza la idea de que la mejoría requiere de una acción estatal. Luego de años de confianza en que el goteo del crecimiento generaría esa mejoría anhelada,

se asume hoy que solamente políticas sociales consistentes y sostenidas en el tiempo producirán una reversión real. En la baja que hoy se registra en la pobreza hay la presencia de programas que, en muchos países, han introducido un fuerte asistencialismo, aceptable a corto plazo pero sin perspectivas en una visión más mediana. El milenario proverbio chino que aconseja enseñar a pescar al pobre y no regalarle el pescado, retorna con su sabiduría ante políticas voluntaristas que pueden mitigar un mal presente pero no aseguran la superación de sus causas. Nunca está mal aliviar un dolor social ante la urgencia, pero no es la anestesia momentánea el remedio para curarlo de raíz. Quien ataque las causas profundas ha de reconocer que en torno a la educación, las pensiones y la asistencia sanitaria está su resolución y que en esos tan delicados territorios se requieren políticas consistentes, de largo plazo, que produzcan la real mudanza y no la periférica mejoría de una asistencia que alivia pero no cambia.

La educación como quiebra

Estas reflexiones nos llevan de la mano al valor de la educación como único camino para quebrar el círculo vicioso de la pobreza. Éste se retroalimenta de modo que la falta de educación acentúa la pobreza, que a su vez, aleja la educación. Ésta es la realidad que es preciso cortar con políticas claras y explícitas.

El proceso debe comenzar necesariamente en la llamada educación preescolar. No basta con que un niño de seis años llegue a la escuela. Normalmente ya habrá estabilizado hábitos de comportamiento y carencias de comprensión que difícilmente puedan revertirse. Por lo menos a los cuatro años todos los niños han de estar dentro del sistema público y éste debe asumir que su rol no es sólo educativo sino también asistencial, a través de atenciones sa-

nitarias y alimenticias imprescindibles para alcanzar un rendimiento razonable. La batalla comienza en la propia gestación y una madre bien alimentada y atendida es fundamental para que su niño nazca sano y pueda crecer saludable. Esto es fundamental también y sólo una combinación de eficaces políticas en la materia permitirá que los vastos sectores pobres de la sociedad puedan incorporarse al mundo contemporáneo.

La sociedad del conocimiento es un mundo con más oportunidades que al mismo tiempo conlleva más riesgos. El empleo para toda la vida con que se soñó en el siglo XX y construyó las clases medias, hoy se ha desvanecido en una lucha competitiva mucho más descarnada. En ella se aprecia, claramente, el valor de la educación, porque todas las investigaciones al respecto demuestran que quien posea conocimientos insuficientes inevitablemente ganará menos y reducirá sus oportunidades. No quiere decir esto que, a la inversa, una buena educación lo asegure todo, pero está claro que, a la inversa, su carencia cerrará las oportunidades.

Las evaluaciones hechas por la OCDE en su sistema PISA muestran que en América Latina las deficiencias son muy grandes y que aparecemos muy por debajo del mundo desarrollado. También han mostrado que aquellos que en los últimos años han quebrado la barrera del subdesarrollo, como Corea o Irlanda, o aun Finlandia, son quienes mejores resultados ostentan en la formación de su juventud. O sea que no hay milagros: los que mejor forman a su gente son quienes pueden saltar esas barreras que atan al fracaso.

La reconquista democrática

La necesaria expansión educativa se vincula también al progreso cívico, al desarrollo de las prácticas propias de la democracia.

Sin ellas no se consolidará el proceso de reapertura que se ha venido dando y que, salvo en la notoria excepción cubana, muestra gobiernos electos por el pueblo. Nunca antes se había producido en América Latina una tan generalizada expansión democrática, al punto que doce elecciones se han cumplido exitosamente entre noviembre de 2005 y diciembre de 2006. Los países centroamericanos, ensangrentados por la guerra fría en los años 80, muestran estabilidad y una integración económica muy prometedora. México ha superado la vieja hegemonía del PRI y si su sistema electoral fue puesto a prueba en la última elección, se ha mostrado tan eficaz y transparente como nunca antes lo había sido. Argentina lleva dos décadas de regularidad democrática y Brasil ha cumplido cuatro elecciones en que la presidencia ha sido disputada por dos grandes partidos, hecho de la mayor relevancia en una sociedad política que históricamente careció de partidos nacionales estables.

La otra cara de la moneda es que en los últimos diez años han caído catorce gobiernos y que en Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela, no han podido terminar su mandato presidentes elegidos por el pueblo. Es verdad que no han caído por golpes de Estado y que la rutina democrática ha permitido sustituciones regulares. Esas obligadas renunciaciones, sin embargo, son una expresión inculcable de inestabilidad que se está viendo, además, en un preocupante proceso de concentración de poderes en manos de los gobiernos. El caso venezolano es el más expresivo, cuando un poder legislativo en que no está representada la oposición delega su competencia en un presidente de la República que no tiene el menor obstáculo parlamentario, pero que ni siquiera está dispuesto a esperar 48 horas para la aprobación de una ley que él mismo quiere decretar.

Estos factores de fragilidad institucional están vinculadas a protestas sociales, a conflictos étnicos muy agudos en algunos países (Bolivia, por ejemplo) y a crisis económicas que hasta hace cuatro años aún se experimentaban. Ello se envuelve en un continen-

te cuyo debate ideológico va muy por detrás del de Europa y el mundo desarrollado en general.

Se ha hablado, especialmente en Sudamérica, de un viraje hacia la izquierda, por el ascenso al poder de gobernantes de origen socialista. Sin embargo, más bien podría hablarse de un desplazamiento de la izquierda histórica hacia el centro. Lula es un viejo sindicalista fundador de un partido de izquierdas, pero su gobierno es de coalición con fuerzas centristas y conservadoras y ha desarrollado una política económica de ortodoxia absoluta. La señora Bachelet es miembro del Partido Socialista, pero éste ya poco tiene que ver con el de los tiempos de Allende y su gobierno; además, es una coalición que lleva cuatro períodos gobernando Chile en una confluencia socialista con la centrista Democracia Cristiana. Alan García en Perú lucía en los años 80 como un rebelde, que proclamaba el impago de la deuda como emblema de combate, pero ahora ha sido elegido por la moderación de sus propuestas. Kirchner en la Argentina representa al peronismo, movimiento que históricamente ha cultivado un estilo nacionalista casi imposible de alinear hacia los polos del espectro ideológico, pues de ambas vertientes algo extrae. No podemos olvidar, por otra parte, que países tan importantes como México y Colombia son presididos por gobernantes de centro, que han enfrentado a las guerrillas y a los populismos desde un radicalismo legalista de profunda estirpe liberal.

La pregunta se desplaza hacia Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Correa en Ecuador. Es claro que en esos países han mediado nacionalizaciones económicas y que, especialmente en Venezuela, se cultiva una retórica antinorteamericana de histórica raigambre izquierdista. Con todo, no son lo mismo, pues en Evo Morales predomina una reivindicación indigenista auténtica y Correa es un economista de formación que sabe lo que quieren decir los números. A quien hoy podemos ubicar dentro de la clásica definición populista es al presidente venezolano. Decimos populis-

ta y no izquierdista, porque aunque él hable de la construcción del «socialismo del siglo XXI», sus ingredientes son los históricos de esa tendencia latinoamericana: un líder mesiánico que interpreta a las masas, poderes institucionales concentrados en él, legalidad que cede ante la lógica justiciera, organizaciones sociales articuladas corporativamente que toman la calle como representantes exclusivos del pueblo.

En la prensa mundial, se ha insistido en la posibilidad de que Chávez sea un continuador de un Fidel Castro que se va aproximando a su final. Su permanente exhibición junto al líder cubano y su retórica antinorteamericana así podrían sugerirlo, pero los hechos muestran otros elementos relevantes. Para empezar, el presidente venezolano no es un revolucionario romántico, vencedor con una guerrilla capaz de derrocar una dictadura militar. Por el contrario, su origen es el golpismo militar. Para seguir, no estamos ya en la guerra fría y Venezuela no es –como en su tiempo fue Cuba– la representante en América de un poderoso mundo marxista, hoy desaparecido. Cabe pensar razonablemente que si no mediaran los fantásticos precios de petróleo que se registran desde algunos años, nada importante ocurriría en torno a la política exterior chavista. Notoriamente, su líder se mueve constantemente, promete, regala, subsidia, y así va cobrando algunas simpatías y voluntades, pero esta diplomacia de chequera no parece tener una raigambre duradera. Depende exclusivamente del mantenimiento de esos precios, pero, aun con ellos, no genera los compromisos propios de una real difusión de ideas novedosas. Nadie cree que la «revolución bolivariana» o el «socialismo del siglo XXI» tengan la apelación emocional de la revolución cubana o la fuerza política del viejo mundo socialista con su construcción de la nueva sociedad.

El mayor impacto que a nuestro juicio produce la propaganda venezolana es que mantiene anclada a mucha gente que se siente «progresista» en las viejas ideas. Los discursos contra el presiden-

te Bush, la postura de un David frente a un Goliat, la reivindicación permanente de la posibilidad de un desarrollo distinto al de la economía de mercado, no logran convencer cabalmente, pero demoran el cambio inevitable en elites universitarias o políticas que se detienen antes de dar el paso que en su tiempo dieron los socialismos europeos.

La democracia liberal hoy no puede ser contestada desde la «revolución bolivariana» como en su tiempo lo fue desde la cubana. Hasta los atropellos de las dictaduras militares han contribuido a valorizar, por la contraria, las libertades y garantías democráticas, otrora despreciadas por lo que se consideraba su vacío «formalismo». La economía de mercado, el otro pilar de la globalización contemporánea, seduce menos. Se la acepta como inevitable, pero no posee la apelación entusiasta del liberalismo político. La pobreza endémica hace sentir la necesidad de políticas sociales que se ubiquen en el Estado y por las cuales, lógicamente, el mercado no puede responder. Por esta vía se filtra todavía un voluntarismo económico que termina dañando la propia estabilidad.

Una impostergable agenda

De este relato resulta una agenda que convoca, necesariamente, a la acción. Ella empieza por consolidar la vida institucional. La separación de poderes, la independencia judicial, la limpieza electoral, son prerequisites de cualquier estrategia de desarrollo que realmente valga la pena. Con «superpoderes presidenciales» y otras aventuras del mismo tipo, es muy difícil asentar un sistema que, como el democrático, supone un permanente ejercicio de razón y búsqueda del equilibrio.

Íntimamente vinculado a lo anterior, debe consolidarse la seguridad jurídica como imprescindible condición de la inversión. No

hay posibilidad alguna de mejorar el empleo y sostener los actuales niveles de desarrollo sin una inversión mucho mayor que la actual. Hablamos de una inversión local insuficiente y de una inversión externa que hoy inequívocamente prefiere al mundo asiático. ¿Quién invierte en países donde todavía se habla de nacionalizaciones o donde los demagógicos manejos de los gobiernos paralizan las empresas con precios artificiales o subsidios cruzados y encubiertos?

Es fundamental pensar en qué están invirtiendo hoy países latinoamericanos que viven una gran bonanza de precios. ¿A dónde van los excedentes? Es evidente que en algunos Estados se han deslizado hacia el despilfarro (caso notorio de Venezuela, que despliega dinero en cuanta aventura financiero-política encuentra en la región), pero otros, sin llegar a esos extremos, simplemente se dedican a disfrutar de la fiesta, aumentando el gasto público, subsidiando consumos, elevando salarios. Por cierto, la buena vida siempre es saludable, pero imaginarse que la actual situación internacional será eterna es una ilusión. En la sociedad del conocimiento, el futuro no pasa por las materias primas, de modo que en algún modo habrá una reversión de la actual tendencia y nos encontraremos, nuevamente, con una frustración. Por ejemplo, Bolivia ha adquirido a Petrobras una planta de gas de 120 millones de dólares. La fábrica está funcionando, la inversión fue hecha y pertenece a una empresa estatal de un país vecino, amigo y socio. Bolivia como nación no añadirá un kilo de producción ni un dólar de ganancia porque la empresa sea ahora administrada por el Estado boliviano. Probablemente sea para peor, dada la experiencia y calidad de Petrobras, pero aun cuando no fuera así, ¿no hay en Bolivia otros destinos en que invertir? ¿No habrá algo que efectivamente aumente la producción, incorpore tecnología, mejore la infraestructura, o apunte en la educación a superar las enormes desventajas que hoy se sufren?

En este punto está probablemente el mayor de los desafíos del momento. Del acierto o desacierto con que lo encaremos dependerá que hayamos generado las condiciones de un desarrollo sustentable o simplemente hayamos dejado pasar, una vez más, el tren de la historia.

En términos más generales, el rol del Estado es aún tema de debate y ya es hora de que, después de la «tercera vía» de Tony Blair, se cancele esa oposición primitiva entre el mercado y la estructura pública. Todavía la nacionalización, el control de precios o las medidas planificadoras aparecen como respuesta a problemas de desabastecimiento o de empleo. El viejo reflejo populista, muy fuerte en algunos países, no deja de estar presente en otros, como México, por ejemplo, donde si bien el presidente Calderón encamina el país por el buen sendero, tuvo enfrente, en la elección, a casi medio país sumergido en la emoción voluntarista de creer que basta la decisión política para erradicar los factores de pobreza.

América Latina arrastra un debate político arcaico. De pronto las discusiones parlamentarias o en los medios de difusión parecen extraídas de archivos de los años 60. La propia Universidad latinoamericana vive un clima anti-globalización, como si se pudiera desde nuestro hemisferio torcer las grandes fuerzas de la revolución científica y tecnológica que domina el mundo. Podríamos incluso entender –aunque no justificar– un reclamo de esta naturaleza si el sistema de precios nos resultara muy adverso, pero estamos en el mejor momento de los últimos cien años para quienes producimos materias primas. El rol de la Universidad, ¿no sería entonces preparar ciudadanos para ser ganadores en ese mundo global, en vez de discutir con él y seguir pateando contra el clavo en una actitud de resistencia inútil? Es natural que el mundo universitario sea cuestionador y crítico, pero desde la vanguardia, desde la actitud de ir más adelante, nunca al revés, a partir de una nostalgia paralizante, que pretende retornar a un tiempo que tampoco fue pa-

radisiáco. El futuro no sabemos cómo será, pero de que el presente es el de esta globalización no hay duda. ¿Cómo ignorar la realidad e intentar el imposible retorno a la frustración de ayer? ¿Cómo concebir un mañana retornando a los fracasos del ayer? ¿Cómo creer que aquello que en el pasado no fue pueda ser esperanza hoy, cuando todo ha cambiado hacia nuevos horizontes? Son preguntas que todavía reclaman más claras respuestas.

Una última reflexión nos lleva al gran programa de integración regional que desde la década de 1960 intenta vertebrar a Latinoamérica en espacios económicos de escala mayor y en mecanismos de coordinación política que permiten estar en el mundo con una voz más fuerte. Desgraciadamente, sólo hay frustraciones. La Comunidad Andina, al irse Venezuela y no estar Chile, ha retrocedido. El Mercosur, que pretendió instaurar el concepto de la regionalización abierta, se ha estancado y el agregado de Venezuela, lejos de sincerarlo, lo ha puesto todavía más en controversia. No se produce la necesaria coordinación macroeconómica, el tránsito de mercaderías se obstaculiza permanentemente y tan poco *afectio societatis* demuestran las partes que el conflicto de Uruguay y Argentina sobre dos plantas de celulosa lo atestigua ciertamente. Cada gobierno mira hacia sus adentros, cuida sus electorados internos, sin asumir las necesarias obligaciones de un proceso de esta naturaleza. Los más grandes, Brasil en especial, deberían esforzarse, con generosidad, en crear un real clima de concordia y confianza recíproca. Sin los cuales perderemos lastimosamente el tiempo con unas invocaciones a Bolívar y San Martín que mueren en el curso.

J. M. S.